

Cinco horas Con Fidel Castro

POR MIGUEL ÁNGEL GRANADOS CHAPA



Acaso la comparación es imposible, porque antes lo vimos por la televisión, solamente; y nunca en persona; y cuando ello ocurrió por primera vez, en la Plaza de la Revolución, en julio de 1980, el escenario imponía un comportamiento diverso. De todas maneras, en el contraste que deseamos establecer están de acuerdo quienes lo han visto evolucionar a lo largo de un cuarto de siglo.

Fidel Castro, el legendario guerrillero de la Sierra Maestra, fue todo él cuando en los primeros días de la Revolución triunfante lanzaba fulminaciones contra todo burgués que se opusiera a los designios que llevarían a Cuba a ser el primer territorio

libre de América, es hoy un dirigente responsable y reposado, pleno de buen humor, tierno en la expresión hasta llegar a ser amoroso con su auditorio, al que habla con tal suavidad que en ocasiones es preciso esforzarse para escucharlo. No es, sólo, que el tiempo haya transcurrido, haciendo madurar al dirigente político. Es que él mismo ha afinado su espíritu, ha aprendido a gobernar, pero sobre todo ha adquirido la experiencia vital que le confiere a un líder la cercanía de su pueblo. Habríamos de escuchar después, de un joven médico, el recuerdo de los terribles días de la crisis de octubre de 1962, en que las aguas del Caribe estuvieron a punto de, convertidas en gasolina, estallar en llamas por el enfrentamiento entre los dos colosos de la política mundial. En aquellos días, solamente quince, pero tan intensos que parecieron años según el recordante, que entonces iniciaba sus estudios de medicina en la Universidad habanera, el comandante Castro llegaba por la noche, inesperadamente, a los sitios de reunión donde los estudiantes combatientes se disponían a defender a su Patria. Oyéndolos, preguntando por sus vidas personales, hablándoles, Castro revitalizaba su ser interior y encendía sus convicciones. Así lo ha hecho en los 23 años en que ha encabezado el mayor proceso transformador en país alguno de nuestro continente en este siglo, no sólo con los estudiantes sino con los campesinos, con las mujeres, con los trabajadores industriales, con los funcionarios, con los intelectuales.

El miércoles 10 de marzo fuimos partícipes de una ocasión histórica. Pudimos estar, durante cinco horas, ante el primer ministro de Cuba, el doctor Fidel Castro, que acudió en esa fecha a una cena de despedida al embajador Gonzalo Martínez Corbalá. Éste, que por decisión del aparato político mexicano (ratificada según esperamos sus amigos el próximo cuatro de julio por los votantes potosinos) será senador por San Luis Potosí, junto con el ingeniero José Antonio Padilla Segura, secretario de Comunicaciones y Transportes en el diazordacismo. Martínez Corbalá retomará de esa manera la experiencia legislativa que adquirió al ser diputado federal entre 1964 y 1967. Puso para ello fin a su estancia de dos años en Cuba. Y aunque a principios de marzo había ya ofrecido la recepción formal de estilo a los funcionarios más altos del gobierno y del partido gobernante, faltaba el episodio personal, la despedida al amigo, pues en ese lapso Martínez Corbalá entabló con los líderes de la Revolución, y especialmente con el comandante en jefe, una relación muy afectuosa, estrecha y fructífera.

El último día del año pasado, por ejemplo, sin aviso previo, el doctor Castro apareció en la residencia de la embajada (una espléndida mansión en la calle 12, como el foxtrot antiguo, sede de la representación mexicana desde los tiempos previos a la Revolución). Iba a satisfacer un doble propósito: enviar, por una parte, un mensaje de gratitud al presidente López Portillo,

por las expresiones de solidaridad que en todo tiempo ha tenido con la Revolución cubana; y también a dar un abrazo de felicitación, por la fecha, a su amigo Martínez Corbalá. Nos hemos enterado después que acaso uno de los motivos que en lo inmediato promovió su cercanía era el que Fidel (así lo llaman todos, lo que nos autoriza a hacerlo también) vino en conocimiento de esa grata bebida dulce que es la piña colada, por el embajador mexicano. Y tanto se entusiasmó con ella que personalmente se ocupó de que técnicos cubanos encontraran la mezcla exacta de jugo de piña y agua de coco de donde resulta el sabroso mejunje. Saludado que hubo al diplomático mexicano, al que no obstante la frecuencia de gestos como éste todavía lo sorprendían las improvisaciones afectuosas del comandante, éste salió de La Habana, para presidir en un ingenio azucarero del Interior el festejo por el 23 aniversario del triunfo de la Revolución: sólo había quedado en la capital para cumplir con ese grato deber de amistad.

También lo hizo y en forma abundante y generosa, el 10 de marzo, fecha en que por sí fuera poco Martínez Corbalá cumplía 54 años de edad. Recibió no sólo el regalo de la presencia de los seres a los que quiere: su familia (desde mamá Chuy, como llamó cordialmente Fidel a la madre del embajador, hasta el nieto de éste, Olkán, que a sus cortos años ya era capaz de interrumpir su incesante deambular para poner atención a lo que Castro decía en su sentido brindis) y sus amigos, sino también el caudaloso río de los elogios que con sobrada razón vertió sobre su persona y su actuación el comandante en jefe.

Antes que casi nadie, Fidel apareció en la residencia (donde sobresalen los bustos de los dos mayores mexicanos de nuestra historia: Juárez y Cárdenas) esa noche. Cuando repuestos de la sorpresa pudimos el resto de los convidados formar un círculo en que por supuesto era él el vértice, empezó a producirse la fascinación que es fama provoca en sus oyentes. Hablara de trivialidades (¿por qué corre el viento, sobre el Atlántico, en tal sentido y no en tal otro?) o de las graves cuestiones de nuestra hora (vivimos un momento decisivo, en que la propuesta del presidente López Portillo para la pacificación de Centroamérica y el Caribe puede producir efectos de alcance mundial, no sólo aplicables a la región), lo hizo siempre de tal manera que no disminuyó nunca la tensa atención que le prestábamos su auditorio.

Cuando hizo el brindis de despedida a Martínez Corbalá, puesto de pie tenía a sus flancos a don Manuel Buendía y a don Francisco Martínez de la Vega, invitados por el embajador, amigos suyos que son, a compartir con él ese acto trascendental. Inclinado con frecuencia hacia don Paco, en tributo a las excepcionales calidades del periodista, como si le explicara personalmente su visión del trayecto que han recorrido las relaciones entre Cuba y México, el comandante en jefe se acariciaba las manos, las llevaba a su rostro (tan parecido a sus caricaturas, según acotaría después don Manuel), las dejaba caer largas, a los lados de su enorme cuerpo. Votó por hallar soluciones pacíficas en los conflictos centroamericanos (él, a quien sus enemigos acusan tantas veces, como lo hacen todavía hoy los trasnochados, de exportar la revolución) y auguró, por cualquier vía, la victoria final de los pueblos.

Aparte la familia del embajador y los funcionarios cubanos, lo escuchaban Gabriel García Márquez, tan cálidamente cercano a las revoluciones populares, tan sabiamente lejos de los cenáculos transidos de anticomunismo con disfraz liberal; y dos sorprendentes ingenieros mexicanos: Gilberto Borja y Carlos Legaspi. Enérgicos, triunfadores en su oficio, tienen el espíritu alerta y no lo sujetan sólo a los reclamos de la profesión o de las empresas que dirigen. Lo mantuvieron abierto, convocados por la fraternal amistad que los vincula con Martínez Corbalá, todas las cinco horas en que tuvimos el privilegio de oír, y aún de hablarle, al latinoamericano más grande de nuestra edad y nuestra América.